



Patrice BEGHAIN: *Patrimoine, politique et société*, La Bibliothèque du citoyen, Presses de Sciences Po, París, 2012, 162 pp., [ISBN-13 978-2-7246-1228-8]

Una dilatada experiencia en los campos de la gestión y de la dirección cultural, en la que destacan los cargos de Director Regional de Asuntos Culturales en el Franco Condado, en Midi-Pyrénées y en Rhône-Alpes, de Administrador de la Escuela de Arquitectura y Paisaje de Burdeos, y de Adjunto a la Alcaldía y Delegado de Cultura y Patrimonio del Ayuntamiento de Lyon, han conducido a Patrice Béghain (Lille, 1944) a desentrañar el concepto de patrimonio y estudiar las implicaciones socioculturales, económicas y políticas que revisten las acciones “patrimonializadoras”. En esta línea de trabajo ha publicado, en primer lugar, *Guerre aux démolisseurs! Hugo, Proust, Barrès, un combat pour le patrimoine* (Vénissieux, Paroles d’Aube, 1997) y, seguidamente, *Le Patrimoine: culture et lien social* (Paris, Presses de Sciences Po, 1998), de la que constituye una edición revisada y ampliada la obra que ahora nos ocupa.

El autor atiende oportunamente la necesidad de reflexionar sobre la noción de ‘patrimonio’, nacida en Occidente a partir de planteamientos marcados por lo estético y fundamentados igualmente en la trascendencia histórica de la obra de arte, del monumento; una noción, sin embargo, muy evolucionada y universalizada durante las últimas décadas. En efecto, el concepto ha encontrado acomodo en otros ámbitos geográficos y su campo de aplicación se ha extendido hasta alcanzar todo tipo de realidades materiales e inmateriales: objetos cotidianos, tradiciones populares, prácticas sociales, artes culinarias, etc. Se encuentra igualmente en la literatura, en la música y en las artes escénicas. Y está presente, de manera creciente, en los debates y en las reflexiones científicas sobre el medio ambiente, la preservación de la naturaleza o la importancia del paisaje como bien público. Recuperando la expresión de Françoise Choay -otra voz autorizada en esta materia-, Béghain afirma que la noción de patrimonio parece “nómada” hoy en día y se expone a nuevos desafíos en un escenario mundial caracterizado por la diversificación cultural de las sociedades y el proceso de globalización.

En el primer capítulo se identifica un rasgo distintivo del enfoque patrimonial, la intención memorial, en manifestaciones eruditas de la Antigüedad Clásica, véase el catálogo de Maravillas del mundo del poeta griego Calímaco (s. III a.C.). Y se explica cómo desde antiguo los mandatarios instrumentalizan determinados vestigios vinculados a mitos o ancestros con el fin de

reafirmarse, perennizar su dominación y legitimar la autoridad futura de su descendencia. El autor recuerda luego algunos ejemplos que ayudan a establecer los momentos clave de la aparición de una conciencia netamente patrimonial: por un lado, en relación con la contemplación y el afán de preservación de vestigios de la Roma antigua por parte de los humanistas, los artistas y los pontífices italianos en época renacentista; por otro, relativos a la problemática surgida con los bienes de la Corona y de la Iglesia confiscados en la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII. ¿Destruir, vender, para acentuar el fin del Antiguo Régimen? ¿O conservarlos para el pueblo?

Sin embargo, el uso del término ‘patrimonio’ en la acepción que nos interesa es más reciente, según explica Béghain en el segundo capítulo – apoyándose, además, en estudios de otros autores–: lo utilizan algunas organizaciones internacionales a partir de la década de 1930 para referirse a los bienes culturales o a los monumentos artísticos; y, desde entonces, su uso se ha extendido al mismo tiempo que lo ha hecho su campo de aplicación. En razón de esta evolución, las acciones de protección se han abierto a toda manifestación concebida de interés por una buena parte de la población por constituir una expresión valiosa de su memoria o de sus prácticas colectivas. El autor alude aquí a la paulatina consideración del patrimonio cultural inmaterial, que implica una enérgica valorización de la transmisión de prácticas por una comunidad activa.

En el interés despertado por el patrimonio cultural inmaterial ha tenido mucho que ver el desarrollo de la etnología, desempeñando un papel esencial los países de la denominada África negra, de América latina y de Asia. Éstos han favorecido la superación de una concepción occidental del patrimonio (fuertemente marcada por la notoriedad de los monumentos históricos y de los museos). Y, en este proceso, las naciones occidentales se han visto incitadas a replantear su perspectiva con el resultado de una mayor atención a las dimensiones social y cultural del patrimonio. Béghain destaca entonces el desafío que supone la promoción del patrimonio cultural inmaterial para las instituciones: preservar y hacer conocer prácticas mantenidas por comunidades vivas que tienen vocación de ser su principal agente de conservación. La implicación de estas comunidades activas puede provocar una evolución en los modos clásicos de protección, caracterizados por depender de la intervención de una instancia externa legitimadora.

El libro llama la atención a continuación, en su tercera sección, sobre el uso del patrimonio en tanto que fuente de ingresos asociada a la promoción turística, particularmente atractiva como factor de crecimiento y alimento del PIB. Las repercusiones económicas derivan no sólo de las visitas a aquellos espacios, monumentos o bienes considerados patrimoniales, cuyo estudio,

puesta en valor y mantenimiento movilizan, además, el mercado laboral; existen también evidentes repercusiones indirectas en el comercio, la restauración y el mercado inmobiliario, entre otros. Como afirma Patrice Béghain, en las zonas rurales y en ciudades medias y pequeñas, la puesta en valor del patrimonio constituye tanto una opción de diversificación económica como un factor de renovada confianza en el futuro. Puede conllevar asimismo la búsqueda de un turismo donde la relación entre cultura y ocio no carece de una intención educativa o pedagógica, lo que dinamiza asimismo el sector editorial. Béghain concluye, en esta parte, que la nueva economía del patrimonio ha convertido a éste en algo indiscutible más allá del tradicional círculo erudito. En efecto, la economía del patrimonio se descubre como un “argumento adicional contra toda tentativa de atentar contra él”. Ahora bien, no quedan sin advertir los riesgos que comporta una frenética valorización patrimonial: por ejemplo, el efecto de una excesiva frecuentación en espacios frágiles o concebidos para un número de visitas limitado; o determinadas derivas del mecenazgo de empresas que comprometen la independencia de las instituciones patrimoniales en beneficio de intereses particulares.

Con la misma pertinencia se atiende en el apartado siguiente a una cuestión de plena actualidad en la divulgación del patrimonio: la contraposición de visita virtual y experiencia *in situ* -el simulacro frente a lo real-, en el contexto de la evolución tecnológica reciente. El autor define las posibilidades de las tecnologías web con respecto al patrimonio como una “desmaterialización” que ofrece un acceso inmediato y universal aprovechando condiciones excepcionales de visión e interpretación. Pero las considera incapaces de reemplazar a la emoción que suscita la presencia sensible del tesoro patrimonial. En efecto, la sustitución del objeto por su imagen, aunque valiosa, encuentra limitaciones: “el patrimonio no es soluble en su representación”, dice Béghain. Acudiendo al filósofo Walter Benjamín, el autor ensalza “el aquí y el ahora” de la experiencia *in situ*, que escapan a la más perfecta reproducción gráfica.

La obra no omite el problema de la descontextualización de aquellos bienes que se exponen fuera del espacio y al margen del motivo o de la función social que les son propios. Precisamente, una crítica a la descontextualización espacial, a la privación o a la desvirtuación del espacio que originariamente da sentido a un bien patrimonial, da paso a un quinto capítulo en que las cuestiones de escala, el paisaje y el territorio toman mayor protagonismo. Se explica cómo la consideración de lo que es patrimonio se ha extendido tardíamente del objeto preciso, del monumento, al conjunto urbano o al lugar rural. El autor alude asimismo a los valores de aquellos espacios que generan en la población una singular identificación o un “sentimiento de pertenencia”.

cia”, atendiendo así a otra de las características esenciales del enfoque patrimonial. Y destaca la reciente búsqueda de integración de las dimensiones social y económica, de la preocupación por el desarrollo, en las acciones de protección; pues, según Béghain, la protección ya no debe entenderse simplemente como una sustracción a las reglas ordinarias de gestión. Antes bien, exige la definición de un plan de conservación y de puesta en valor que armonice los imperativos de la preservación y las necesidades de la vida cotidiana; lo que da fuerza a una nueva articulación entre los conceptos de patrimonio y territorio. Con todo, el autor asegura que la sociedad está lejos de encontrar los instrumentos de gestión adecuadamente adaptados a esta evolución de los planteamientos patrimoniales.

Una vez exploradas las diversas etapas de la toma de conciencia patrimonial, y expuesto el progresivo enriquecimiento del concepto, el libro se centra, en los tres capítulos finales, en la relación que la sociedad mantiene con el patrimonio -de la que, no obstante, ya se adelantan algunos aspectos en los epígrafes anteriores-. Béghain analiza el delicado uso del patrimonio como emblema de identidad de una colectividad, cuando se interpreta como una manifestación del espíritu del pueblo o como un exponente de afianzamiento de la tradición. Se refiere así la simbiosis entre planteamiento político e iniciativa de valorización patrimonial que ha funcionado en la Europa contemporánea tanto a escala nacional como en el redescubrimiento de los particularismos regionales y locales. Identifica aquí, en cualquier caso, la voluntad de reafirmar una filiación que las circunstancias históricas pueden haber desatendido o arrinconado, y para lo cual un grupo humano recurre al patrimonio (arquitectura, lengua, literatura, artesanado, etc.) como vector de reivindicación.

Pero esta práctica es especialmente criticable si se transforma en instrumento de manipulación ideológica o en fuente de confusión memorial. El autor enumera ejemplos de fabricación o de utilización de mitos apoyados en personajes más o menos históricos, y en lugares y acontecimientos reinterpretados en función de oportunidades políticas, conducentes a la instauración de identidades de complacencia contrarias al conocimiento que el individuo y la sociedad, con rigor, han de adquirir de sí mismos. Se pregunta entonces: ¿podemos fundar una comunidad de intercambio sobre la base del patrimonio? ¿Puede constituir el patrimonio un elemento unificador de las sociedades contemporáneas? Patrice Béghain lo cree posible si se respeta el principio de igual consideración y difusión del conocimiento de todas las expresiones culturales, en su diversidad, con el fin de aspirar a la superación de barreras así como a la creación de nuevas identidades colectivas fundamentadas en el multiculturalismo. La respuesta a las anteriores preguntas puede

ser igualmente afirmativa en la medida en que el patrimonio se dote de medios científicos para su conocimiento y validación, así como de la acción experta para su gestión y su puesta en valor; inaugurando un espacio crítico de reflexión que aleje al patrimonio de una nociva instrumentalización, de influencias políticas o presiones sociales, sin privarle de la esfera afectiva en que se efectúan la contemplación y el disfrute compartido de sus valores y cualidades.

Otro debate ampliamente tratado es el que atañe a representantes políticos y a responsables de instituciones culturales en países enfrentados a causa de la solicitud de restitución del patrimonio desplazado –en algunos casos, cabe decir “expoliado”-. Se oponen posturas que defienden la recuperación del patrimonio estatal a otras que mantienen una concepción internacionalista de la cultura y de las civilizaciones. Y en el centro de la polémica se encuentran bienes sustraídos durante campañas militares, viajes particulares, etc. y trasladados a instituciones foráneas bajo argumentaciones políticas, económicas o culturales. El autor explica la complejidad de las relaciones diplomáticas tendidas con objeto de alcanzar acuerdos, a veces condicionados por motivos geoestratégicos. La controversia se agudiza en el contexto actual de mundialización al tiempo que se acentúan el deterioro del patrimonio, el pillaje en museos y sitios arqueológicos, y el tráfico ilegal debido a la confusión y al desorden político que asolan numerosas regiones, véase Oriente Medio.

Por tratarse de la actualización de un trabajo de referencia en la bibliografía de un país largamente preocupado por las problemáticas patrimoniales, la obra aquí reseñada puede considerarse de lectura provechosa en los ámbitos de la gestión y de la investigación científica en cualquier ámbito geográfico. Sobresale en ella el amplio horizonte bibliográfico y documental manejado por el autor. Aunque se echa en falta la inserción de figuras –dibujos, croquis, fotografías, etc.- que ilustren algunos de los numerosos ejemplos utilizados en el texto. Anima a su lectura, en todo caso, el sentido crítico con que Patrice Béghain reflexiona sobre ese patrimonio cuya más alta virtud

“no es recordarnos nuestra diferencia o nuestra condición mortal, sino inscribirnos en un espacio y en un tiempo que pertenece a todos, a aquéllos de ayer como a quienes estamos hoy (...). Nosotros también habremos sido aquellos que esperaban al futuro para que nuestro presente, convertido en pasado, subsistiese al ser recogido por otros”.

(Patrice Béghain)

Juan Sevilla Álvarez
Departamento de Geografía y Geología. Universidad de León